

MISTICA Y POLITICA: CONTEMPLATIVO EN LA LIBERACION

Leonardo Boff OFM

El choque espiritual: el encuentro con Dios en la clase pobre

Lo que ha caracterizado la vida eclesial latinoamericana en los últimos años ha sido la creciente toma de conciencia de la responsabilidad de la fe en los cambios sociales que propician más justicia y participación de las grandes mayorías pobres de nuestros países. A la luz de la fe y en la solidaridad evangélica con los más necesitados, cada vez más numerosos y significativos grupos de Iglesia, hasta episcopados enteros, han procurado vivir y enseñar la fe cristiana de tal manera que sea de hecho un motor de liberación integral del hombre. Así, en el seno de las comunidades cristianas se halla en marcha un vasto y bien articulado proceso de liberación que nace de la unidad fe-vida. Junto con esto, se ha elaborado el correspondiente discurso crítico, denominado teología de la liberación (TL) o teología hecha en los intereses de la liberación integral, especialmente de los más oprimidos de la sociedad. Pero lo que sustenta la práctica y la teoría (teología) liberadora es una experiencia espiritual de encuentro con el Señor en los pobres. Detrás de toda práctica innovadora en la Iglesia, en la raíz de toda teología

verdadera y nueva, se esconde, latente, una experiencia religiosa típica. Esta constituye la palabra-fuente: todo lo demás proviene de esta experiencia totalizadora, es esfuerzo de traducción en los marcos de una realidad históricamente determinada. Sólo a partir de este presupuesto se pueden entender las grandes síntesis de los teólogos del pasado como San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás, San Buenaventura, Suárez y del presente, como Balmer y otros maestros del Espíritu.

Toda experiencia espiritual significa un encuentro con un rostro nuevo y desafiante de Dios, que surge de los grandes desafíos de la realidad histórica. Grandes cambios socio-históricos llevan en su seno un sentido último, una exigencia suprema que los espíritus religiosos detectan como proveniente del misterio de Dios. Dios sólo tiene sentido cuando de hecho aflora como el radicalmente importante de una realidad dada en sus sombras y luces. De este modo Dios no surge meramente como categoría definida dentro del marco religioso, sino como acontecimiento de sentido, de esperanza, de futuro absoluto para el hombre y su historia. Esta situación propicia una experiencia propia y típica del misterio de Dios.

Lo que acentuamos arriba significa el momento subjetivo de la experiencia. Pero podemos enunciar lo mismo dentro de un lenguaje estrictamente teológico. Decimos entonces que Dios, en su voluntad de autocomunicación, se revela concretamente en la historia. *El hombre capta un rostro nuevo de Dios porque así se está revelando Dios. El coloca sus señales sacramentales, escoge sus emisarios, hace crear un discurso adecuado e incita a las prácticas consiguientes. Y siempre habrá espíritus atentos que sabrán identificar la nueva voz de Dios y ser fieles a sus interpelaciones.*

Creemos que en los últimos años ha habido una irrupción volcánica de Dios en nuestro continente latinoamericano: *El privilegio a los pobres como su sacramento de autocomunión. En los pobres ha hecho oír sus exigencias de solidaridad, de identificación, de justicia y dignidad. Y las Iglesias han sa-*

bido ser obedientes (*ob-audire*: ser oyentes) al llamamiento de Dios. Frente al escándalo de la pobreza urge actuar por los pobres contra la pobreza, en función de una justicia para todos. Esta actuación tiene una nítida dimensión de liberación que nace como historificación de la fe que desea ser adhesión al Señor presente en los pobres. *Luchar con los pobres, hacer cuerpo con sus anhelos es comulgar con Cristo* pobre y vivir en su seguimiento. Esta *perspectiva implica ser contemplativo en la liberación*-contemplativus in liberatione- y supone una nueva forma de buscar la santidad y la unión mística con Dios. El choque espiritual con la nueva manifestación de Dios ha producido rasgos propios en la espiritualidad, tal como es vivida y practicada por muchos cristianos comprometidos con la liberación integral de sus hermanos. Este choque espiritual se halla en la base de la TL. Antes de intentar una descripción de esta espiritualidad, convendría situarse en la gran tradición espiritual de la Iglesia y también subrayar los puntos de su originalidad. El gran *problema* que urge esclarecer, *es cómo ser contemplativo en la liberación, en las prácticas pastorales y en contacto con el pueblo, cómo vivir un encuentro vivo y concreto con Dios*. Tal vez reflexionando sobre este tema, a partir del telón de fondo de la tradición espiritual cristiana, se puede identificar mejor lo específico de esta espiritualidad latinoamericana.

La diferencia espiritual: la síntesis Oración = Liberación

Ciertamente, la *formulación* más clásica de la búsqueda *unidad fe-vida*, fue elaborada por la tradición monacal, bajo el lema *ora et labora*: Orar y trabajar. No es momento para presentar la trayectoria histórica de esta inspiración. Basta captar su tendencia dominante, que consiste en el *predominio soberano del ora sobre el labora*. Esta espiritualidad toma como eje de organización de la vida espiritual el momento de la oración y de la contemplación, alternado con el del trabajo. *La oración capitaliza todo el valor y se expresa mediante los signos del campo religioso*: liturgia, oficio coral, ejercicio de devoción y toda la gama de expre-

siones religiosas. *El trabajo en sí no es una mediación directa hacia Dios:* lo es en la medida en que está bañado por los influjos de la oración y de la contemplación: él significa la profanidad y la pura naturaleza; constituye el campo de expresión ética y el lugar del testimonio cuyo sentido se elabora en el ámbito de la oración. Esta se prolonga dentro del trabajo mismo, y lo hace sagrado. *La concepción de fondo* implica una especie de "monofisitismo espiritual", *la única naturaleza de la oración rescata la profanidad creacional y natural del trabajo.* Por eso perdura un paralelismo nunca superado totalmente: por una parte la oración; por otra parte el trabajo. La partícula et (y) es índice de este bilingüismo teológico. Sea como fuere, esta espiritualidad llenó de oración y elevación el trabajo de muchos cristianos y llenó de signos religiosos todos los rincones considerados profanos.

El desarrollo socio-histórico marchó en la dirección de una relativa autonomía de lo profano y de una cultura del trabajo. La operacionalidad y la eficiencia son ejes de la moderna cultura, cuya expresión acabada se encuentra en nuestros días bajo el imperio de la empresa científico-técnica. *El lema se invierte: labora et ora, trabaja y ora. Se descubre el carácter divino y crístico de la creación y el trabajo como forma de colaboración humana en la acción divina.* Dios no nos dejó como regalo un mundo acabado. Sino que quiso asociarnos a su tarea transformadora. *El trabajo tiene dignidad y sacralidad propias, no por estar bautizado por la oración o por la buena intención sobrenaturalizante, sino por su propia naturaleza creacional, insertada en el proyecto cristológico. Lo que importa es el trabajo hecho en su recto orden, ordenado a la construcción de la ciudad terrena intentada por Dios y anticipadora de la ciudad celeste.* Especialmente el trabajo de la justicia, comprometido con los pobres, realiza lo que toda oración procura: La tradición es explícita en cuanto a esto (Is 1,10-20; Jer 22,16) y Jesús hace referencia directa a ella (Mc 7,6-8). *"No son las prédicas sino las prácticas que garantizan la salvación"* (cfr. Mt 23,1-46). La oración

continúa teniendo lugar y valor, pero su verdad se mide por la calidad de la expresión de la práctica verdadera y éticamente correcta. En su forma más radical, esta espiritualidad del carácter divino de la materia y del trabajo sobre ella, llevó a un vaciamiento de la oración, de la expresión litúrgica y devocional.

Esta perspectiva coloca el acento en el carácter objetivo de la oración que impregna todas las esferas y no se restringe al campo de la conciencia y de la explicitación. En otras palabras, la presencia de Dios no se realiza automáticamente ni en forma exclusiva allí donde se habla de Dios y se da culto a su memoria, sino siempre y objetivamente donde se historifica una práctica correcta de verdad y de justicia, aunque no exista conciencia explícita de Dios. Pero el predominio del trabajo vivido religiosamente, sobre la oración, deja persistir un nuevo paralelismo que puede llegar a un "monofisitismo espiritual", ahora bajo la égida de la categoría trabajo. *La oración es otra forma de trabajo y de práctica, perdiendo su especificidad como oración. Mientras se continúe hablando de trabajo y oración, **L a b o r a e t o r a**, no se ha alcanzado suficientemente la unidad fe-vida, acción-oración.*

La síntesis que urge elaborar, y está en gestión en América Latina, es la de la oración en la acción, dentro de la acción y con la acción. No se trata de rezar por una parte y actuar por otra, ni de una oración fuera del compromiso concreto con la liberación de los oprimidos, sino de rezar en el proceso de liberación, vivenciar un encuentro con Dios en el encuentro con los hermanos. Podemos decir que cada gran santo alcanzó esta síntesis; vital y concreta, que siempre constituyó el secreto de toda vida auténticamente cristiana.

En América Latina, nos corresponde vivir una situación en cierto modo nueva, o por lo menos con acentos bien particulares. El problema no es simplemente la relación oración-acción, sino oración-liberación, o sea, oración-acción política, social, histórica, transformadora. En su formulación con-

creta, la cuestión se coloca en términos de mística y política. ¿Cómo estar comprometido radicalmente con la liberación de los oprimidos y al mismo tiempo comprometido con la fuente de toda liberación, que es Dios? ¿Cómo compaginar la pasión por Dios, característica de todo hombre verdaderamente religioso, con la pasión por el pueblo y la justicia, nota distintiva de todo militante político? Esta síntesis, para ser completa y consistente, debe aprovechar toda la riqueza del ora et labora, de la oración como encuentro privilegiado con el Señor; debe aprovechar también toda la verdad presente en el Labora et ora, todo el valor religioso del trabajo y del compromiso realizador de la justicia y de la fraternidad.

No se trata de hacer una síntesis verbal o una correcta correlación de los términos. *Se trata de vivir una práctica cristiana que al mismo tiempo sea imbuida de oración y de compromiso, que el compromiso nazca de la oración y que la oración aflore del corazón del compromiso ¿Cómo lograrlo?*

Pasión por Dios en la pasión por el empobrecido

La experiencia de la fe viva y verdadera construye la unidad oración-liberación. Pero se debe entender correctamente la experiencia de fe. Como lo hemos dicho muchas veces, *la fe, en primer lugar es una forma de vivir todas las cosas a la luz de Dios. La fe define el de dónde y el para dónde de nuestra existencia*, que es Dios y su digno amor comunicado y realizado en todas las cosas. Para el hombre de fe, la realidad es originalmente no profana y sagrada, sino simplemente sacramental: revela a Dios, evoca a Dios, esta enbebida de la divina realidad. Por eso, *la experiencia de fe unifica la vida, por contemplar la realidad unificada por Dios como origen y como destino de todo.*

Como forma de vida, la fe viva implica una postura contemplativa del mundo: ve y encuentra las huellas de Dios por todas partes. Pero no basta que la fe sea viva: es preciso que sea verdadera. *Solamente es verdadera la fe que se hace amor, verdad, y justicia.* Le agradan no

sólo los que lo aceptan, sino los que construyen su Reino, que es de verdad, de amor y de justicia. Sólo esta fe comprometida es fe salvífica, por lo tanto verdadera "la fe sin obras es inútil" (St 2,21). "Una fe pura, pero sin obras, también la tienen los demonios" (St 2,20).

La fe cristiana sabe que Cristo tiene una densidad sacramental especial en los pobres. Ellos no sólo tienen necesidades que es preciso socorrer; tienen una riqueza única y propia: son portadores privilegiados del Señor, destinatarios primeros del Reino, con potencial evangelizador de todos los hombres y de la Iglesia (Puebla 1147). El creyente tiene no sólo la visión socioanalítica del pobre, identificando su pasión y las causas que generan los mecanismos de su empobrecimiento. Suponiendo, todo esto, mira con los ojos de la fe a la clase de los empobrecidos y descubre en ellos el rostro sufriente del Siervo de Yahvé. Y este mirar no se detiene en lo contemplativo; como "utilizando" al pobre para unirse al Señor. Cristo se halla identificado con ellos quiere ser servido y acogido. Esta situación de miseria provoca una conmoción del corazón: "Tuve hambre..." Mt 23,25). Alguien está de veras con el Señor, en los pobres, cuando se compromete a luchar contra la pobreza que humilla al hombre y va contra la voluntad de Dios, por ser fruto de relaciones de pecado y explotación. *La misma fe verdadera implica y exige un compromiso liberador:* "...dieron de comer" (Mt 25,36). Si no emprende una acción liberadora, no solamente no ama al hermano, sino que tampoco ama a Dios (1Jn 3,17): El amor no puede ser solamente "de palabras y de boca; sino con obras y de verdad" (1Jn 3,18).

Esta experiencia espiritual da unidad a la relación de vida mística-política. El problema que se plantea aquí es: ¿Cómo mantener esta unidad? ¿Cómo alimentarla frente a todas las fuerzas de disgregación? Esta visión contemplativa y al mismo tiempo liberadora no surge espontáneamente; es la expresión más significativa de la fe viva y verdadera. Pero

¿cómo dar consistencia a esta fe?

Aquí surgen los dos polos: la oración y la práctica. Sin embargo, la cuestión no es quedarse en la polarización o en la yuxtaposición. Caeríamos así nuevamente en uno de aquellos "neofisitismos" que arriba hemos criticado. Es preciso articular dialécticamente los dos polos. Es necesario considerarlos como dos espacios abiertos el uno al otro, que se implican mutuamente. Se debe, sin embargo, privilegiar uno de los dos polos de la relación: el de la oración.

Por la oración, el hombre expresa lo que de más noble y profundo existe en su existencia: puede elevarse por encima de sí mismo, trascender todas las magnitudes de la creación y de la historia, asumir una posición "extática" y trabar un diálogo con el Supremo Misterio y gritar: ¡Padre!. Con esto no deja tras de sí el universo sino que lo asume y lo transforma en ofrenda a Dios: pero se libra de todas las cadenas, denuncia todos los absolutos históricos, lo relativiza y se enfrenta solo y desnudo, con el Absoluto, para hacer historia con El. Allí se descubre Dios como el Santo: con El estamos frente al sumamente Serio y Definitivo. Pero al mismo tiempo este Dios tan Santo y absolutamente Serio se revela como un Dios comprometido, sensible a los sollozos de los oprimidos. Puede decir: "He visto la opresión de mi pueblo... he oído sus quejas contra los opresores, me he dado cuenta de sus sufrimientos y he descendido para liberarlos..." (Ex 3,7-9). Por tanto, el Dios que en la oración dice al hombre: ¡Ven!, en la misma oración dice: ¡Ve! EL Dios que llama es el mismo que lanza al compromiso de liberación. Manda unir la pasión por Dios con la pasión por los oprimidos. Mejor: exige que la pasión de Dios en Jesucristo sea vivida en la pasión de los hermanos sufrientes y necesitados.

La acción del servicio al hermano y de solidaridad con sus luchas de liberación aflora en el propio seno de la oración que llega al corazón de Dios. La oración alimenta la óptica con la cual se permite al creyente ver en el pobre y en toda

una clase de explotados la presencia sacramental del Señor. Sin la oración, nacida de la fe, la mirada se hace opaca y ve en la superficie, pero no logra descender hasta aquella profundidad mística en la cual entra en comunión con el Señor presente en los condenados, humillados y ofendidos de la historia.

Por otra parte, el polo de la práctica liberadora remite al polo de la oración como la fuente que alimenta y sustenta la fuerza en la lucha y garantiza la identidad cristiana en el proceso de liberación. Interesa al cristiano que la liberación sea de hecho liberación y por tanto anticipación del Reino y concretización de la redención de Jesús en la historia. La fe y la oración le permiten contemplar su esfuerzo, muchas veces poco relevante, como construcción histórica del Reino. La práctica social tiene su densidad concreta e intramundana, pero su significado no se agota en esta determinación; la fe des-vela su sentido trascendente y su significado salvífico. Por eso, para aquel que ha comprendido esta perspectiva, el servicio liberador con los hermanos constituye una verdadera diaconía al Señor, un asociarse a su obra redentora y liberadora y una real *liturgia* en el Espíritu. He allí lo que significa ser *contemplativus in liberatione*. La contemplación no se realiza solamente en el espacio sagrado de la oración ni en el recinto sacrosanto de la Iglesia o del monasterio; ella encuentra su lugar también en la práctica política y social, bañada, sustentada y alimentada por la fe viva y verdadera.

Es noble estandarte de nuestra Iglesia Latinoamericana el hecho de que los obispos, los sacerdotes, religiosos y laicos más comprometidos con las causas de los pobres (su justicia, derechos y dignidad) son también los más comprometidos con la oración: unen en un mismo movimiento de amor y dedicación a Dios y al prójimo más necesitado.

Características principales y los desafíos de esta espiritualidad

¿Cómo se podrían identificar algunos rasgos más signi-

ficativos de esta contemplación vivida en contexto de liberación?

a) Oración materializada con acción

La oración liberadora recoge todo el material de la vida comprometida: las luchas, los esfuerzos, colectivos, los errores y las victorias conquistadas; se dan acciones de gracias por los pasos dados; se pide no tanto en forma individualista, sino en función de todo un caminar, por aquellos que sufren y por los que hacen sufrir; en la oración resuena especialmente la conflictividad del proceso de liberación; la confesión de los pecados es espontáneamente comunitaria; nadie se esconde detrás de palabras etéreas, sino que abre el corazón; se acusan especialmente las incoherencias, entre lo profesado y lo vivido; la falta de solidaridad y de compromiso.

b) Oración; expresión de la comunidad liberadora

La oración privada tiene su valor permanente y asegurado; pero en los *grupos comprometidos la oración es esencialmente un compartir experiencias y prácticas iluminadas y criticadas a la luz de la fe y del Evangelio. La experiencia* no se limita a una espléndida privacidad del alma con su Dios, sino que se abre al otro en el escuchar y en el comunicar. El uno conforma al otro: comenta los problemas del otro; se ayudan mutuamente en los problemas revelados: no existe "vergüenza" sagrada que esconda las visitas e iluminaciones divinas. La gran mayoría tiene el alma como un libro abierto. Esto ya revela el proceso de liberación en el seno de la propia comunidad.

c) Liturgia como celebración de la vida

La liturgia canónica conserva su carácter vinculante y expresa la catolicidad de la expresión de nuestra fe. *Pero en la medida en que las comunidades unen fe y vida, mística y política, insertan más en lo litúrgico la celebración de la*

vida compartida por todos. En este campo, aflora una rica creatividad que tiene dignidad y sacralidad garantizadas por el sentido purificado que el pueblo tiene de lo sagrado y de lo noble. *Se aprovechan símbolos significativos* del grupo, se hacen coreografías y, muchas veces, verdaderos autos espirituales con expresiones corporales propias del pueblo.

d) Oración heterocrítica

La oración liberadora *sirve muchas veces de examen crítico de las prácticas y actitudes de los participantes de la comunidad.* Saben criticarse mutuamente sin melindres ni susceptibilidades personales. Lo que importa *son los criterios objetivos: el Reino, la liberación, el respeto por el caminar del pueblo.* A partir de tales realidades, se confrontan las prácticas de los agentes de pastoral. Hay verdaderas conversiones y auxilios que vienen de esta sinceridad y lealtad.

e) Santidad política

La tradición cristiana conoce el santo ascético, amo de las pasiones y fiel observante de las leyes de Dios y de la Iglesia. *Casi no conocen santos políticos y santos militantes.* En el proceso de liberación se crea la situación para otro tipo de santidad: *a más luchar contra las propias pasiones* (tarea permanente), *se lucha contra los mecanismos de explotación y de destrucción de la comunidad.* Allí *emergen virtudes difíciles pero reales: solidaridad con los de su clase, participación en las decisiones comunitarias, lealtad para con las soluciones definidas, superación del odio contra las personas que son agentes de mecanismos de empobrecimiento, capacidad de ver más allá de los inmediateismos y trabajar por una sociedad futura que todavía no se ve ni quizás se va a disfrutar de ella.* Este nuevo tipo de ascesis posee exigencias propias y renunciadas, a fin de mantener el corazón puro y orientado por el espíritu de las bienaventuranzas.

f) Coraje profético y paciencia histórica

Muchos cristianos comprometidos tienen el coraje sacado de la fe y de la oración, para enfrentar los poderes de este mundo luchando en favor de las causas del pueblo y de su dignidad pisoteada. En esto muestra la *parresía* (coraje) *apostólica* de arriesgarse a sufrir persecuciones, prisiones, despidos del empleo, torturas y hasta eliminación física. A pesar de ese coraje evangélico, tienen *paciencia histórica para el caminar lento del pueblo*, sensibilidad por sus ritmos, acostumbrados como están a sufrir represiones. Tienen *confianza en el pueblo*, en su valor, en su capacidad de lucha, a pesar de sus limitaciones, equivocaciones y atraso intelectual. *Creen vivamente en la fuerza del espíritu que actúa* en los humildes y sufridos, en la victoria de su causa y en el derecho de su lucha. Esta actitud nace de una *visión contemplativa de la historia*, de la cual solamente Dios es Señor.

g) Actitud pascual

Toda liberación tiene un precio que debe pagarse; existe una *muerte* y una *resurrección* que deben ser asumidas con cordialidad y serenidad evangélicas. No se temen sacrificios, amenazas y reales situaciones de martirio. Todo esto se asume como parte del seguimiento de Jesús. Existe un fuerte sentido de la cruz como paso necesario para la victoria. La *resurrección* es vivida como el momento en que triunfa la justicia, en que el pueblo vence la lucha y hace la vida más digna de ser vivida. Es *la resurrección de Jesús en marcha como inmenso proceso de liberación que alcanza el cuerpo en la historia*. Este es celebrado y vivido como fuerza de presencia del espíritu en el seno de la historia.

Podríamos enumerar otras características de este tipo de oración, que cada vez se hace más realidad en las comunidades comprometidas en la liberación de los más necesitados. Siempre aparece la unidad oración-acción, fe-liberación, pasión por Dios expresada en la pasión por el pueblo.

Cada vez más crean nuevas posibilidades objetivas para el nacimiento de un nuevo cristiano, profundamente comprometido en la creación de aquélla. *El cielo no es enemigo de la tierra; comienza ya en la tierra. Ambos viven bajo el arco iris de la gracia y del gesto liberador de Dios en Jesucristo.*

Esto no es mera teología. Es vida y mística de muchos cristianos.

(De la revista **CHRISTUS**, de Teología y ciencias humanas, Apartado Postal 21-272, Coyoacán, 04000 México, D.F., Nº 3, abril 1991, págs. 27-31).

"Podrá alguna vez haber seres humanos que no se permitan nunca sentir auténticamente la cercanía de ese misterio que actúa de un modo inefable en su existencia, como el prototípico; ese misterio que, al permitirnos pronunciar con amor la palabra "Tú" , nos deja hundirnos en su abismo y hace que podamos ser libres? ¿Qué ocurriría si todo esto fuera posible y llegara hacerse realidad?

A mí no podría asustarme nada por el estilo. Significaría que los hombres, como individuos o como colectividad, habrían retrocedido al nivel de simples animales dotados de un cierto ingenio, y que la historia de la Humanidad, de la libertad, de la responsabilidad, de la culpa y del perdón habría llegado a su fin, con lo que únicamente se habría alterado el modo de producirse ese fin que, en cualquier caso, los cristianos estamos esperando. Por otra parte, los hombres realmente dignos de tal nombre habrían hallado la vida eterna".

"Siempre habrá seres humanos (y no importa cuántos sean tanto en números absolutos como en relación a la Humanidad en general, con tal de que la Iglesia siga presente como sacramento de salvación para el mundo y en el mundo) que, mirando a Jesús crucificado y resucitado, se atrevan, dejando a un lado todos los ídolos de este mundo, a entregarse incondicionalmente a la incomprensibilidad del Dios que es amor y misericordia".

KARL RAHNER, Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy, Sal Terrae, Santander, 1979, pag.37.